

Salinas de tierra adentro

Blas Román Castellón Huerta *

Postulado: 12.06.21 Aceptado: 10.08.21

La sal y la tierra

La sal y el mar son una combinación habitual para entender el origen de este condimento que tiene múltiples funciones técnicas, sociales y rituales en las sociedades tradicionales. Más complejo resulta comprender la relación entre la sal y la tierra, y el hecho de que existen lugares, lejos del mar, de los cuales donde se puede extraer sal. De hecho, la expresión “La sal de la tierra” ha sido empleada con frecuencia para hacer referencia al apego de grupos sociales hacia un territorio con el que se tiene una relación una simbólica e histórica. Así, esta frase y la sal misma han sido título de novelas, trabajos académicos y hasta de películas.¹

El trabajo de la sal en regiones lejanas a las costas tiene un pasado profundo, atestiguado por la arqueología, por la historia, y por la etnografía (Castellón, 2015). Igual que en el mar, no cualquier sitio es adecuado para extraer sal, y aquellos parajes o áreas donde existe agua salada son, con algunas excepciones, sitios que generalmente están ocultos o apartados de los centros de población. La razón principal es que estos lugares acumulan agua salada en cuerpos naturales o estanques artificiales, con lo cual aparecen gran cantidad de mosquitos que crean ambientes insalubres; pero existen otras razones simbólicas que están presentes en el imaginario de los habitantes cercanos a sitios de salinas. Estos lugares están relacionados con fantasmas, con seres peligrosos como La Llorona, que provocan daños a los vivos, y pueden causar la muerte.

En el pasado prehispánico, estos lugares donde brota agua salada identificaban narrativas míticas en las cuales los dioses, con frecuencia femeninos, habían cometido alguna transgresión sexual o fueron

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. Correo electrónico <castellon.blas@gmail.com>.

¹ De las obras escritas se pueden citar la de Daniel Wolf (2013) y la Eduardo Williams (2003); Entre los filmes están *Salt of the Earth* (1954), de Herbert J. Biberman, sobre la huelga de mineros en Nuevo México; *Le Sel de la Terre* (2014), de Wim Wenders, documental sobre la vida y obra del fotógrafo Sebastião Salgado; *The Salt of the Earth* (2017), de Masatoshi Tōjō, drama sobre la vida de Yamamuro Gunpei, quien se dedicó a salvar a otras personas, y *Bajo la Sal* (2008), de Mario Muñoz, película de suspenso en Guerrero Negro, Baja California, entre muchas otras.

protagonistas de algún conflicto que trajo como consecuencia el derramamiento de algún fluido corporal por el que se explica la salinidad en el agua, tales como la sangre, el llanto, el sudor y la orina (Castellón, 2018: 206-219). La categoría de lo salado quedó entonces incrustada o impregnada en la tierra, produciendo pantanos que son el ambiente donde se trabaja la sal.

Los paisajes especiales relacionados con esta actividad son el tema de estas imágenes, que muestran de manera parcial esta peculiar relación entre la gente de las salinas, y sus nichos culturales semiocultos entre montañas, barrancas y lagunas. Su continuidad hasta el presente es notable si consideramos que no es una actividad económicamente redituable y está sostenida básicamente por el gusto y por la tradición. El empleo de sal de tierra es frecuente en la gastronomía de muchas poblaciones, ya que la sal marina —dicen— es muy fuerte y reduce el sabor y color de las verduras. Pero además la sal terrestre es empleada muchas veces como condimento especial, como medicamento, como sal alternativa para quienes padecen de presión alta, y como sustancia ritual para “humanizar” a los recién nacidos o facilitar el tránsito de los moribundos hacia la muerte (Romero, 2011: 44; Castellón, 2018: 259-260).

La estética de la sal terrestre

El empleo del agua es esencial en el trabajo de la sal, ya que es en este elemento donde se encuentra principalmente. El otro elemento es la tierra misma, que concentra gran cantidad de sal que ese impregna en ella. De ese modo, se emplea el agua para obtener sal cristalizada mediante procedimientos de concentración, pero en otros casos se utilizan agua y tierra conjuntamente, usando un método de destilación simple, para producir sal de distintas calidades, que tiene más el aspecto de un polvo salado que el de un cristal.

Las técnicas para recuperar la sal a partir de manantiales, pozos, lagos y tierras son variadas y a menudo ingeniosas, pero básicamente consisten en reproducir los procesos naturales de concentración, precipitación, y cristalización de sal, separándola de sus nichos originales. Estas técnicas, que en muchos casos tienen una profundidad histórica muy grande, sólo varían por la forma de estanques o espacios que han cambiado muy poco con el paso del tiempo. El empleo de herramientas es más sensible al cambio, pues desde hace años se emplean objetos de plástico como mangueras, recipientes, y bolsas para mover el agua, así como herramientas y contenedores de metal para reparar las salinas.

Un espacio muy común en la actualidad son los estanques de agua salada que muestran una coloración distinta de acuerdo con la etapa de concentración del agua. A veces el agua es muy clara, y a veces es verde en distintas tonalidades, pues contienen materia orgánica y polvo que deben ser eliminados posteriormente. El movimiento constante del agua en distintos pasos del proceso culmina con la cristalización de la sal, que se recoge en un cono al centro del estanque, y en medio del agua restante, que contiene aún mucha sal sin cristalizar. Esta actividad es la que ha llamado la atención de antropólogos y profesionales de la fotografía (Rafael Doníz, 2015; Luca Rinaldini, s.f.), pues tanto los espacios construidos, el ambiente natural, el agua, y los mismos salineros tienen una carga estética muy fuerte, especialmente adecuada para la observación de la lente. Ello, por supuesto, se complementa con otras dimensiones que son el olor y los sonidos, que se perciben en estos lugares poco comunes.

La sal, sobre todo la que se obtiene en estanques, rompe la monotonía del paisaje y da lugar a colores contrastantes que durante el día invitan a la convivencia. Los espejos de agua y el sonido de las acciones crean un efecto relajante en sitios donde el calor es necesario para la evaporación. Los salineros van y vienen entre los estanques,

muchas veces ubicados en terrazas que crean un efecto de abanico multicolor. Los reflejos sobre el agua misma dan mayor movimiento a la imagen y las tonalidades, cambiantes en distintas horas del día, se convierten en un goce para la observación, el dibujo, la pintura o la lente.

Los mismos trabajadores realizan movimientos en distintas posiciones a manera de coreografía para distribuir el agua, lavar las salinas, recoger la sal, raspar los residuos y muchas más. Esos movimientos requieren el uso de diversas herramientas simples como jícaras, escobas para mover el agua, bolsas de plástico para eliminar el polvo, o trozos de barro, para taponar las entradas de un estanque a otro. En otras ocasiones, los salineros parecen efectuar una danza para extender la sal cristalizada y facilitar su secado. En esta acción han creado un verdadero arte efímero que varía de una región a otra, ya que no sólo secan la sal, sino que elaboran auténticos tapetes salinos con diseños que son una especie de firma de la casa. En ocasiones, tales diseños son simples semicírculos hechos con un palo de quiote, otras veces son líneas hechas con el “aflojador” o pala larga que puede romper los terrones duros. En las salinas de Oaxaca, cercanas al límite con Puebla, el salinero extiende la sal aún húmeda con una pequeña hoja de lámina y en cuclillas, haciendo movimientos curvos en el estanque, para luego cambiar la acción en el sentido opuesto y así crear una auténtica obra de arte temporal. Esto se repite en otros parajes con diseños hechos con los pies, con las manos o con un machete, para definir diseños rectos (Santa María Salinas, Oaxaca), a manera de estrella (Ocotlán, Puebla), o serpentinos (Tejupilco, Estado de México), entre otras posibilidades que confirman la alta maleabilidad de la sal, y la capacidad de los salineros para tomar decisiones técnicas que conllevan una fuerte carga de habilidad artesanal y creatividad emocional.

Los cúmulos de sal blanca, ya sea en pequeños conos en medio de las salinas, o aún

en proceso de escurrimiento dentro de grandes canastos, crean una repetición de cuerpos geométricos y colores contrastantes de alto valor estético, igual que su acumulación dentro de las cuevas, lugares frescos y secos, que invitan al descanso y la convivencia, abundantes en Zapotitlán, donde se almacena la sal y se guarda la herramienta e implementos necesarios y cuya antigüedad se remonta hasta la época prehispánica.

La gente de las salinas

Las personas dedicadas a la producción de sal en tierra adentro son básicamente agricultores. Y lo son porque la sal es una actividad de la temporada seca, previa a la llegada de las lluvias, pero además porque la sal es considerada como un cultivo, y su obtención, como una cosecha. Así lo demuestra el lenguaje de los salineros, quienes en muchos lugares hablan de plantar el agua salada, mover esta agua como si fuera tierra, limpiar las salinas como quien quita mala yerba o parásitos, y levantar la sal como si se tratase del maíz mismo (Reina E. y John Monaghan, 1981; Castellón, 2022). De hecho, el paralelismo entre las acciones técnicas de las salinas y el cultivo de maíz y otras especies de la tradicional milpa son tan cercanas, que en el imaginario de la gente de las salinas son sólo dos partes de un mismo proceso: obtener alimentos y condimentos (sal y chile), que den gusto a la comida y pesadez y satisfacción al cuerpo.

Lo salineros dividen el año entre actividades productoras de ambos tipos, y saben que durante la época de seca una lluvia inesperada retrasa o echa a perder la cosecha de sal; por ello, en ocasiones cuentan con receptáculos bajo piso (cuexcomates) o albercas grandes donde pueden acumular agua salada más concentrada en caso de necesidad para reiniciar un proceso interrumpido. También deben hacer reparaciones durante la época previa a los calores más intensos y se les ve

activos encalando sus pisos, levantando los muros de sus terrazas, reponiendo los guijarros de algún estanque que se derrumbó por el efecto de una corriente fuerte, arreglando sus depósitos y cuevas, o construyendo nuevos estanques salineros. Estas tareas constructivas coinciden con la llegada de las primeras lluvias y la época de calor más intenso, por lo cual el 3 de mayo, día de la Santa Cruz, es también el día de los salineros. Para festejarlo, colocan la cruz con flores y adornos en medio de sus parajes, hacen una comida, escuchan música y bailan. Esto es equivalente del ofrecimiento de las primicias del maíz en el caso de la actividad agrícola.

Pero sobre todo, los salineros-agricultores son personas que aprenden el oficio ya sea por herencia familiar o por las posibilidades de empleo en su comunidad. Vivir la temporada de producción en las salinas implica, en la mayoría de las regiones, trasladarse hasta los parajes a pie, o en vehículo, con algunas excepciones, pero el tiempo en estos sitios es una experiencia distinta a la vida cotidiana en la comunidad. El trabajo de la sal ha sido por muchos años cosa de hombres, y por lo tanto aquí se permiten usar otro lenguaje y maneras más relajadas, lejos de las convenciones familiares. Los salineros cuentan historias de fantasmas, pero también de conflictos y aventuras que ocurrieron en el espacio de las salinas, y hasta recurren a la poesía y el canto, ya que esos lugares siguen estando asociados —como en tiempos antiguos— con lo secreto, con el pecado y la relajación de las costumbres sociales (Castellón, 2019). Apenas hace una o dos décadas comenzaron a trabajar en las salinas algunas mujeres y niños ante la necesidad de participación en la economía familiar y debido a la migración de hombres hacia Estados Unidos.

También existe la envidia y algunos pequeños conflictos en los parajes de salinas, sobre todo en los más grandes, donde colindan muchas pequeñas propiedades o estanques que comparten un mismo pozo, esencial para iniciar el

proceso. En muchas ocasiones estos sitios están desiertos y siempre existe la sospecha de hurtos de sal y herramientas entre ellos. Practicar un oficio distinto en lugares más apartados también hace a los salineros susceptibles a burlas y comentarios negativos en las comunidades. Pero a final de cuentas, la sal que producen en pequeña escala es muy apreciada a nivel local y regional y se vende sin dificultad ante su escasez, complementando una importante función gastronómica y simbólica que, a pesar del fácil acceso actual a la sal industrializada, parece tener la certeza de un futuro ilimitado.

Bibliografía

- CASTELLÓN, Blas (2015), “El mar y la sal: una relación necesaria con tierra adentro”, en Guadalupe PINZÓN y Flor TREJO (coords.), *El mar: percepciones, lecturas y contextos. Una mirada cultural a los entornos marítimos*, México, INAH-UNAM, pp. 55-81, recuperado de: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/el_mar/percepciones.html>.
- CASTELLÓN, Blas (2018), *Cuando la sal era una joya. Antropología, arqueología y tecnología de la sal durante el Posclásico en Zapotitlán Salinas*, Puebla, México, INAH.
- CASTELLÓN, Blas (2022), “Calabazos, cestos y cuencos cerámicos: metamorfosis simbólicas relacionadas con la producción antigua de sal en Mesoamérica”, en Alberto PLATA (ed.) *Memorias del Tercer Congreso Internacional sobre Antropología de la Sal. Seven Millennia of Saltmaking*, Vitoria-Gasteiz, Fundación Valle Salado de Añana, Imprenta de la Diputación Foral de Álava, pp. 186-209.
- CASTELLÓN, Blas, “Salineros de Zapotitlán” (2019), *Ojarasca. La Jornada*, sección Escritura, núm. 272, recuperado de: <<https://ojarasca.jornada.com.mx/2019/12/14/salineros-de-zapotitlan-3747.html>>.
- DONÍZ, Rafael (2015), *Salineros: retrato vivo de un oficio olvidado*, México, Gobierno de S. L. P. / Conaculta / Fundación Francisco Toledo / Fundación Alfredo Harp Helú / Casa de Artes San Agustín, 2015.
- REINA E., Rubén y John MONAGHAN (1981), “The ways of the Maya. Salt production in Sacapulas, Guatemala”. *Expedition*, vol. 23, num. 3, pp. 13-33.

RINALDINI, Luca (s.f.) <<http://www.luca-rinaldini.com/project/sale/>>.

ROMERO, Laura (2011), “Ser humano y hacer el mundo: La terapéutica nahua de la Sierra Negra de Puebla”, tesis de doctorado, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México.

WILLIAMS, Eduardo (2003), *La sal de la tierra. Etnoarqueología de la producción salinera en el Occidente de México*, Zamora / Guadalajara, El Colegio de Michoacán / Secretaría de Cultura de Jalisco.

WOLF, Daniel (2013), *Das Salz der Erde*, Múnich, Goldmann.



Vista del pueblo salinero de Tlaxcuapan, junto al de San Martín Tecuautitlán, Piaxtla, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Salinas Las Muchas, en San Antonio Texcala, Zapotitlán Salinas, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Vista de las fincas salineras en el pueblo de San Pedro Ocotlán, Chila de la Sal, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



La cruz junto al pozo en San Pedro Ocotlán, Chila de la Sal, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Reparando la salina en la cañada Tepetlaci. Salinas de Tlaxcuapan, Piaxtla, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



El Sr. Enrique Amigón, moviendo el agua “fuerte” en un cajete antes de vaciarla en la salina. Salinas de Chila de la Sal, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Poniendo agua en el filtro. San Cristóbal Nexquipayac, Atenco, Estado de México, marzo de 2006. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Guardando el agua salada en el "cuexcomate". San Idefonso Salinas, Guadalupe de Ramírez, Oaxaca, febrero de 2007. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Sacando agua del "cuexcomate", San Idefonso Salinas, Guadalupe de Ramírez, Oaxaca, febrero de 2007. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Lavando las salinas. San Pedro Ocotlán, Chila de la Sal, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Eliminando el polvo y la basura del agua entre dos estanques con el uso de bolsa de plástico. Salinas Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, abril de 2005. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Removiendo el polvo y la basura entre dos estanques. Paraje San Pedro, Zapotitlán Salinas, Puebla, noviembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Lavando la salina y removiendo el polvo con bolsa. Paraje Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, julio de 2016. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Don Sebastián Nopaltitla removiendo tiras de nopal para la cristalización de la paila donde prepara sal blanca. San Cristóbal Nexquipayac, Atenco, Estado de México, abril de 2006. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Recogiendo la sal para pasarla al canasto. Salinas Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, abril de 2005. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



El Sr. Vicente Rivera formando el cono de sal para escurrirla. Salinas Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, noviembre de 2007.
© Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Secando los terrones de sal para ganado con el aflojador, Salinas Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, abril de 2005. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Moliendo la sal antes de colocarla en costales. Santa María Salinas, Guadalupe de Ramírez, Oaxaca, noviembre de 2007.
© Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Moviendo la sal húmeda para secarla. Salinas de San Bartolo, Santiago Tamazola, Oaxaca, noviembre de 2007. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



Moviendo la sal con machete para secarla. Salinas de San Pedro Ocotlán, Chila de la Sal, Puebla, diciembre de 2008. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



El Sr. Miguel López repartiendo la sal para secarla sobre una laja. Salinas de San Francisco, San Miguel Ixtapan, Estado de México, marzo de 2009. © Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.



El salinero Pascual Castillo Hernández en su bodega. Paraje Las Grandes, Zapotitlán Salinas, Puebla, julio de 2016.
© Fotografía: Blas Román Castellón Huerta.